

MEDITERRÁNEO DESCAPOTABLE

(VIAJE RIDÍCULO POR AQUEL PAÍS TAN FELIZ)

ÍÑIGO DOMÍNGUEZ



ÍNDICE

NOTA PREVIA	7
AGRADECIMIENTOS	9
ETAPA 0: COLLIOURE-PORTBOU Prólogo en la frontera	13
ETAPA 1: CADAQUÉS Y CABO DE CREUS Mitos caídos en Cadaqués	21
ETAPA 2: ROSAS-PALAMÓS El Ampurdán con avestruces	31
ETAPA 3: TOSSA DE MAR-LLORET DE MAR Noches de hormonas	41
ETAPA 4: BLANES-SITGES El chiringuito primigenio	51
ETAPA 5: PORTAVENTURA El tema es divertirse	59
ETAPA 6: SALOU-VANDELLÓS Autovía al surrealismo	69
ETAPA 7: DELTA DEL EBRO El delta mutante	79
ETAPA 8: MARINA D'OR El respland'Or	89

PRIMERA EDICIÓN: marzo 2015

Título original: *Mediterráneo descapotable (Viaje ridículo por aquel país tan feliz)*

© Íñigo Domínguez Gabiña, 2015

©Libros del K.O.

Sánchez Barcaiztegui, 20, escalera A, 5º izquierda
28007 Madrid

ISBN: 978-84-16001-34-7

DEPÓSITO LEGAL: M-6494-2015

CÓDIGO IBIC: DNJ

DISEÑO DE PORTADA: Luis Demano

ILUSTRACIONES DE INTERIORES: Esteban Hernández

MAQUETACIÓN: María O'Shea

CORRECCIÓN: Ana Doménech García y Tamara Torres

IMPRESO EN ESPAÑA - PRINTED IN SPAIN

Las tipografías son League Gothic y Baskerville.

ETAPA 9: VILLARREAL-ALBUFERA	
El paraíso del extrarradio	99
ETAPA 10: BENIDORM	
Reserva espiritual playera	109
ETAPA 11: LA MANGA	
El mal menor	119
ETAPA 12: CABO DE PALOS-PALOMARES	
Desiertos marcianos	129
ETAPA 13: VERA-CABO DE GATA	
Paisaje desnudo	139
ETAPA 14: EL EJIDO	
Vida en el plástico	149
ETAPA 15: NERJA	
Nostalgia azul	159
ETAPA 16: TORREMOLINOS-MARBELLA	
La costa «ostentórea»	169
ETAPA 17: GIBRALTAR-TARIFA	
The End	179
APÉNDICE	
CÓMO ACABÓ TODO: UN PEQUEÑO INFORME	189

A Íñigo e Inés, que se fueron tan jóvenes de casa.

NOTA PREVIA

En junio de 2008 mi periódico, *El Correo*, se encontró con el dilema de todos los veranos: cómo llenar las páginas con algo que la gente pueda llegar a leer en la playa cuando lo último que le apetece es leer. El verano suele abrir un paréntesis muy curioso en los diarios, de repente vale todo y se hacen cosas raras. Yo una vez había dicho, por decir, que sería divertido recorrer la costa en un Seiscientos. Es un peligro enunciar las ocurrencias en voz alta y quedó demostrado cuando me llamaron para ver si aquello iba en serio. El viaje, sin proponérmelo, se convirtió en una instantánea de un país que, sin saberlo, estaba a punto de estallar. Ya se veía un país defectuoso.

Es fácil ver los defectos de los demás, no tanto los de uno mismo. Cuando pasa el tiempo, y a veces basta un día, lo que uno ha escrito parece que lo hizo otro y entonces ya se ven muchos. No me parecía bien que un intruso se entrometiera en lo que ha escrito un desconocido y apenas he tocado el texto. Quizá ha envejecido, pero seguramente yo he envejecido peor. Han pasado ya siete años pero por algunos detalles parece un siglo. Todo ha cambiado muy rápido. Entonces solo

los enterados e iniciados empezaban a hablar de la crisis, el GPS en el coche era una novedad, no había redes sociales ni por supuesto Twitter, las fotos se hacían con cámaras de fotos y casi no se ridiculizaba la España estupenda. Luego ya ha sido un sinvivir. En cambio algunas de las cosas que vi siguen igual, o peor. Al final del libro he incluido un repaso de cómo han terminado, o seguido, algunos asuntos que menciono en el relato. Es increíble lo que sale tirando del hilo.

En aquel entonces yo ya llevaba siete años fuera de España. Cuando iba y venía en vacaciones tenía una sensación creciente de que todo el mundo se estaba volviendo loco y mi país cada vez me gustaba menos. La degeneración del paisaje visual, el explícito, me parecía a mí, era resultado de un concreto paisaje moral, oculto, o no tanto. Ese verano ya se empezaba a sentir que algo no iba bien —ya habían saltado las primeras alarmas por el desplome de la venta de pisos— pero ni nos imaginábamos el auténtico significado de la palabra crisis, que íbamos a descubrir enseguida en caída libre.

Fue entonces cuando las cosas empezaron a torcerse. A las dos semanas de la publicación del último capítulo, quebró Lehman Brothers, el 15 de septiembre de 2008, y quedó oficialmente inaugurada la crisis, con mayúscula. Qué recuerdos.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a mi periódico, *El Correo*, por creerse este viaje, pagarlo y publicarlo. En especial a Josemi Santamaría, que fue quien tuvo la inconsciencia de llamarme para proponérmelo, y a Óscar Villasante. Los diarios sobrevivirán mientras mantengan los prontos románticos. Aunque parezca suicida no lo es, lo suicida es lo otro.

Pascual Perea, que recibía los textos, fue casi siempre su primer lector. Su amistad y sus ánimos al otro lado del teléfono fueron decisivos para que saliera algo aceptable.

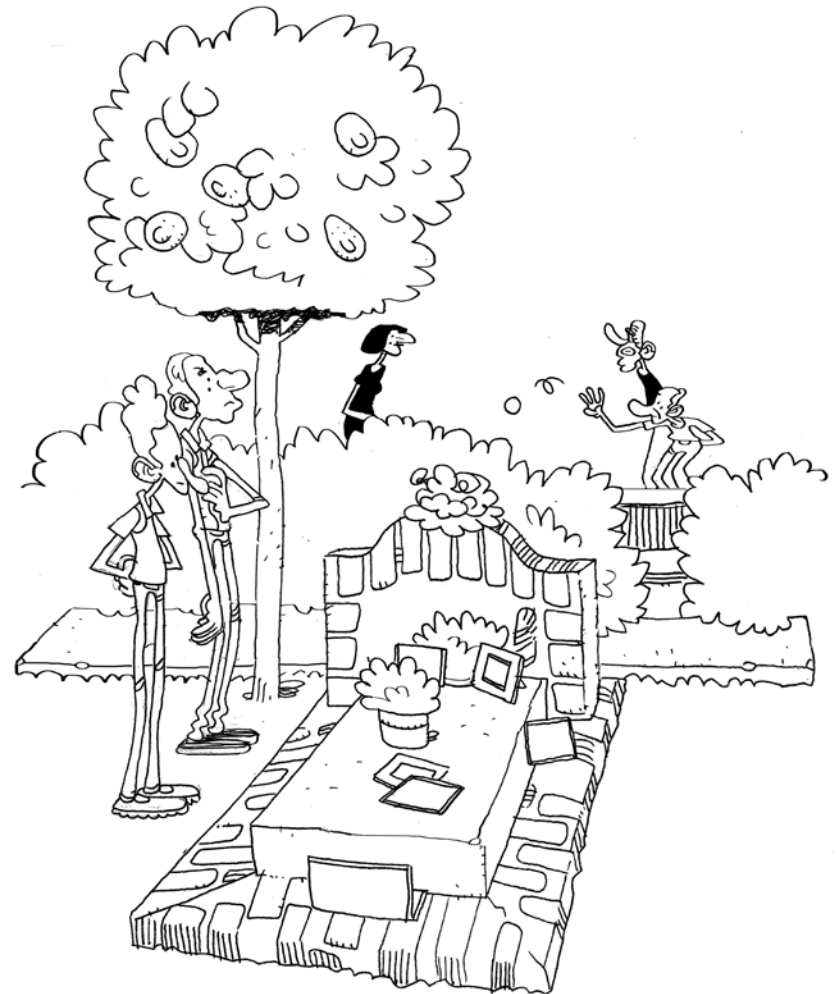
Puestos a decir todo, debo confesar que la idea del viaje se la robé a Michele Serra, gran periodista italiano, que recorrió la costa italiana con un Fiat Panda en 1985 para el diario *L'Unità*. Le seguiré copiando en lo que pueda.

Y gracias a mi primo Javier Salinas, compañero de viaje en los buenos y malos momentos.

«El viajero, de nuevo sobre la carretera, recién descansado, piensa en las cosas en las que no pensó en muchos años, y nota como si una corriente de aire le diese ligereza al corazón.»

Camilo José Cela, *Viaje a la Alcarria*.

ETAPA 0.
COLLIOURS-PORTBOU
PRÓLOGO EN LA FRONTERA



El viajero empieza este viaje con miedo. Lleva siete años fuera de España y apenas conoce la costa mediterránea, una de sus muchas carencias. Cuentan de ella cosas terribles. Que si está destrozada, que es mejor no acercarse, que es la tierra del cemento, la horterada, la fritanga y la masificación. España, por otro lado, ha cambiado mucho. A mejor en algunas cosas y a peor en más de las que parece, pero también es para el viajero un poco desconocida. La gente gana más dinero, tiene coches buenos, va al gimnasio, entiende de vinos. También está todo más caro y la tortilla de patata cada vez se hace peor. Por eso le pide a su primo, que vive en Barcelona, que le acompañe. Al menos un trocito.

El periódico le da al viajero un descapotable y tema libre. Un chollo, pero es difícil encontrar compañía. Los amigos, según pasa el tiempo, son menos libres. Sin embargo, el primo del viajero es escritor y hace un poco lo que quiere, aunque insista en lo duro de su oficio, en la autodisciplina y en el rechazo social. Pero al viajero no le engaña.

El viajero recoge su Peugeot 207 descapotable en un concesionario en la zona franca de Barcelona, por incomprensible,

generosa y enorme gentileza de la marca. La zona franca es un lugar con contenedores de colores, ideal para rodar persecuciones. En principio se había pensado en un Seiscientos o un Dos Caballos, por el efecto cómico-nostálgico, pero luego se valoró mejor el elemento técnico-térmico. Es decir, quedarse tirado o achicharrado en una cuneta secundaria. Porque el viaje hay que hacerlo siguiendo el perfil de la costa, por carreteras comarcales y en pequeñas etapas, para detenerse a hablar con los parroquianos, perder el tiempo en tonterías y luego contarlos.

No hay guion previo ni nada preparado. Salvo una idea general de las paradas, elegida a ojo viendo el mapa, el viajero irá a lo que salga, siguiendo su curiosidad o prejuicios previos. En resumen, este viajero es un ignorante. Tampoco va a ir de periodista, identificándose como tal, salvo en contadas ocasiones, sino que echará parrafadas con la gente como un turista. Todos los hoteles se reservarán en el día, a veces una hora o dos antes de llegar. El viajero lleva una reputada guía de España, pero en inglés, a ver cómo se cuentan las cosas a los extranjeros. El viaje se extenderá por la primera quincena de julio de 2008.

El Peugeot 207 descapotable es azul. El techo se quita y se pone él solito con un botón. Esto ha evolucionado mucho. Nada de andar liándose con la lona cuando empieza a llover, como en las películas románticas. Al viajero le hace mucha ilusión, pero enseguida nota que la gente mira el descapotable como si le fastidiara. También descubre el invento del GPS, con una voz de señorita, la única con la que conversará en la mayor parte del viaje. Generalmente para discutir o llevarle la contraria. El viajero y su primo deciden empezar la aventura como se debe, desde el principio, desde el límite con Francia.

Yendo para allá se detienen en un área de servicio, lo que antes se llamaba bar de carretera, pero que ya no existe. De hecho, no tiene ni barra. Hay *self-service*, que es un poco triste, de penitenciaría. No hay donde apoyarse a reflexionar ni a cambiar impresiones con los otros viajeros. Además estos lugares son todos iguales, no cambian aunque uno haga quinientos kilómetros. Pertenecen a una misma cadena y parece que los ha diseñado todos la misma persona. En el baño hay música. Hace que un tipo con camiseta de tirantes mee mirando al techo mientras canta con la radio: «Me siento hoy como un halcóóón herido por las flechas de la incertiduuumbree». El viajero deja al halcón en su urinario y pasea por el área de regalos. Se ve que echan el resto en imaginación para que los extranjeros se lleven algo a casa. Hay botellas de sangría con forma de torero. Es curioso lo de la sangría. Los españoles la beben poquísimos, pero pasa por producto nacional y entonces los que se atiborran de ello, por obligación turística, son los extranjeros. Hay sillones de masaje por dos euros. Una televisión retransmite en directo lo que ocurre en el aparcamiento, así la gente puede comer vigilando su coche. Está bien porque no hay anuncios, pero la trama es aburrida. Aunque hay tensión porque de vez en cuando roban alguno.

Esta etapa es iniciática, una etapa prólogo, como en la Vuelta, si es que todavía existe. El viajero se ha dado cuenta de que un poco más allá de la frontera está Collioure, el pueblo donde murió Antonio Machado en 1939. Al pobre solo le dio tiempo a pasar la frontera y morir de pena. Tenía un último verso en el bolsillo: «Estos días azules y este sol de la infancia». Al viajero y a su primo les hacían aprenderse poesías de pequeños y Machado era de los más fáciles, porque se entendía. Luego, de mayores, les siguió gustando.

Ir a visitar tumbas hace pensar, no es una actividad muy veraniega, la verdad. La de Machado está en un cementerio diminuto, muy bonito. Sobre la lápida hay placas de visitas de institutos españoles, así que debe de ser que todavía se enseña y se aprende. Además da para una excursión escolar, algo fantástico para empezar a fumar. El poeta está enterrado con su madre. Hacer cálculos de tiempo entre tumbas siempre da vértigo. Por las fechas se ve que su madre murió tres días después, y que lo tuvo con veintiún años. Lejos, en Sevilla, en verano. Machado está enterrado a unos cincuenta metros de donde murió y a su casa se llega por una calle con su nombre en la que madura un limonero, algo que le habría gustado.

Collioure es muy francés, claro. Al lado de la casa de Machado, cerrada y deshabitada, hay una plaza donde unos señores y unas señoras juegan a la petanca. Al viajero le parece que una hace un poquito de trampa. El pueblo es animado y tiene encanto, con un castillo. El agua del mar está muy limpia. En los bares hay ostras. Dan ganas de pasar el verano aquí. Pero hay que seguir, empezar el viaje. Una placa en el puerto recuerda que en 1493 partieron de aquí los últimos treinta y nueve judíos expulsados del Rosellón. Puede que al viajero y su primo, españolitos que han venido al mundo y quién sabe si Dios les guarda, una de las dos Españas, o las dos, o las que sean, o la que hay, les va a helar el corazón, algo que al menos resulta refrescante en verano. En la aduana, abandonada, hay un cartel descolorido y antiguo con fotos de etarras. Ya no pasa nadie por aquí. Nada más cruzar la frontera el viajero y su primo tienen su primera conversación ibérica en una gasolinera.

—¿Tiene agua?

—Ahí, en la nevera.

—Es que no hay.

—Pues entonces nada.

El primer pueblo, Portbou, visto desde arriba, tiene más grande la estación que el casco urbano. Le da mucha trascendencia. Debe de ser por el mítico ancho de vía ibérico, que diferenciaba y aislaba al país de Europa. Este pueblo sin duda tiene el aire trágico e histórico de las fronteras. Aquí se suicidó Walter Benjamin en 1940, acosado por la Gestapo y retenido por la policía franquista. Pero no se sabe dónde terminó su cuerpo. En aquellos años la gente escapaba en todas direcciones y moría en tierra ajena, si es que hay alguna propia. Como decía el maestro Juan de Mairena, no hay cosa más rara que estar orgulloso de lo que menos se elige en esta vida, el lugar donde se nace. Otra cosa, añadía él, es el cariño por la propia infancia, por su sol, por sus días azules.